

¿QUIÉN ES JESÚS?

Una Súplica Para Un Retorno a la Creencia en Jesús, El Mesías

Un estudio para Promover la Restauración de la Fe Bíblica

Por

Anthony F. Buzzard, MA (Oxon), MA Th

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.”
(1 Timoteo 2:5)

Para aquellos que ya están acostumbrados a las opiniones ampliamente sostenidas en casi todas las denominaciones, es probable que les resulte alarmante la sugerencia de que Jesús no es, de acuerdo a la Biblia, “verdadero Dios de verdadero Dios”. No es usualmente conocido que muchos estudiantes de la Biblia durante todas las épocas, no concluyeron que la Escritura describe a Jesús como “Dios” con “D” mayúscula, incluyendo a un considerable número de eruditos contemporáneos

Una diferencia de opinión en semejante asunto fundamental debería retornos a una investigación de la importante cuestión de la identidad de Jesús. Si nuestra adoración debe ser, como ya la Biblia lo demanda, “en espíritu y en verdad” (Juan 4:24), es claro que nosotros deseásemos entender qué revela la Biblia de Jesús y su relación con el Padre. La Escritura nos advierte que es posible caer en la trampa de creer en “otro Jesús” (2 Corintios 11:49 — un otro “Jesús” que el revelado en la Biblia como el Hijo de Dios, el Mesías prometido por los profetas del Antiguo Testamento.

Es un hecho chocante que Jesús nunca se refirió de sí mismo como “Dios”. Igualmente notable es el uso del Nuevo Testamento de la palabra “Dios” — en Griego *ho theos* — para referirse al Padre únicamente, unas 1350 veces. En contraste definido, Jesús es llamado “dios” sólo en un puñado de textos — tal vez no más de dos.¹ ¿Por qué esta diferencia impresionante del uso del Nuevo Testamento, cuando tantos parecen creer que Jesús no es menos “Dios” que Su Padre?

El Monoteísmo del Antiguo Testamento Confirmado por Jesús y Pablo

Puede que Los lectores de la Escritura en este siglo no aprecien fácilmente la fuerza del monoteísmo — *creencia en un Dios* — que fue el primer fundamento de toda la enseñanza del Antiguo Testamento acerca de Dios. Los Judíos estuvieron preparados para morir por su convicción de que el verdadero Dios era una persona única. Cualquier idea de pluralidad en la Divinidad era rechazada como una peligrosa idolatría. La ley y los profetas insistieron repetidamente que sólo uno era el Dios verdadero, y ninguno pudo haber concebido “distinciones” dentro de la Divinidad una vez que se hubieron comprometido a memorizar textos como los siguientes (citados de la Versión Reina-Valera 1960 de la Biblia):

“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deuteronomio. 6:4).

“No tenemos todos un mismo Padre?¿No nos ha creado un mismo Dios?” (Malaquías 2:10).

“Antes de mí no fue formado Dios, ni lo será después de mí” (Isaías 43:10).

“Porque yo soy Dios, y no hay más” (Isaías 45:22).

“Porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí” (Isaías 46:9).

Ejemplos de declaraciones estrictamente monoteístas del Antiguo Testamento pueden ser multiplicadas. El hecho importante a observar es que Jesús, como el fundador del cristianismo, confirmó y reforzó la insistencia del Antiguo Testamento de que Dios es uno. De acuerdo con los registros de su enseñanza compilados por Mateo, Marcos, y Lucas, Jesús no dijo nada del todo para alterar la creencia en la absoluta singularidad de Dios. Cuando un escriba (un teólogo) citó las palabras famosas “Dios es uno,

y no hay otro fuera de él”, Jesús lo elogió porque él “había respondido sabiamente”, y “no estaba lejos del reino de Dios” (Marcos 12:29-34).

En el informe de Juan sobre el ministerio de Jesús, el mismo Jesús confirmó igualmente su irrestricto monoteísmo de su herencia Judía con palabras que no pueden ser mal entendidas. El habló de Dios, Su Padre, como “el único que sólo es Dios” (Juan 5:44) y “el único Dios verdadero” (Juan 17:3). En todos sus discursos registrados él se refirió a la palabra “Dios” como una única persona. Podemos fácilmente discernir la ortodoxia Judía del Antiguo Testamento de Pablo quien habló de su creencia Cristiana en “un solo Dios, el Padre” (1 Corintios 8:6) y “el único Dios” como distinto de “un mediador entre Dios y los hombres” (1 Timoteo 2:5). Para ambos Jesús y Pablo, Dios era un único ser increado, “el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Efesios 1:3). Aun después de que Jesús fue exaltado a la diestra del Padre, el Padre es aún, según las propias palabras de Jesús, Su Dios (Apocalipsis 3:12).

Debemos resumir nuestra discusión hasta aquí citando las palabras de L.L. Paine, en una ocasión profesor en el Seminario Teológico Bangor:

“El Antiguo Testamento es estrictamente monoteísta. Dios es un Ser personal único. La idea de que una la Trinidad debe encontrarse allí o que incluso debe estar oculta de alguna manera de la vista, es una suposición que tiene una larga vigencia en la teología, pero carece totalmente de fundamento. Los Judíos, como un pueblo bajo sus enseñanzas vinieron a ser unos severos oponentes de todas las tendencias politeístas, y ellos han permanecido resueltos monoteístas hasta este día. En este punto no hay ruptura entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. La tradición monoteísta es continuada. Jesús fue un Judío, entrenado por padres Judíos en las Escrituras del Antiguo Testamento. Su enseñanza fue Judía en el núcleo; un nuevo evangelio realmente, pero no una nueva teología. El declaró que no vino a destruir la ley y los profetas, sino a cumplirlos, y él aceptó como su propia creencia el gran texto del monoteísmo Judío: “Oye Israel, Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”. Su proclamación concerniente a sí mismo estaba en línea con la profecía del Antiguo Testamento. El fue el ‘Mesías’ del reino prometido, el ‘Hijo del Hombre’ de la esperanza Judía...si él algunas veces preguntó ‘¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? El no dio una respuesta más allá de la implicada aserción de ”Mesianismo” (*Una Historia Crítica de la Evolución del Trinitarianismo*, 1900, pp. 4, 5.)

La fuerza del sentimiento Judío acerca del monoteísmo es ilustrada correctamente por las siguientes citas:

“La creencia que Dios está envuelto de algunas personalidades tal como la creencia Cristiana en la Trinidad, es una separación de la concepción pura de la unidad de Dios. Israel ha rechazado a lo largo de los siglos todo lo que ha estropeado u oscurecido la concepción del monoteísmo puro que ha dado al mundo, y en vez de admitir algún debilitamiento en ella, los Judíos están preparados para andar errantes, a sufrir, a morir.”²

Ezra D. Gifford, en *El Dios Verdadero, el Verdadero Cristo, el Verdadero Espíritu Santo*, dice: “Los mismos Judíos se resintieron sinceramente por la implicación de que sus Escrituras contenían alguna prueba, o alguna insinuación de la doctrina de la Trinidad ortodoxa, y Jesús y los Judíos nunca se diferenciaron en esta materia, sosteniendo ambos que Dios es sólo Uno, y esta es la más grande verdad revelada al hombre.”³

Si examinamos las enseñanzas registradas de Jesús en Mateo, Marcos y Lucas, recordando que estos documentos representan la comprensión de la iglesia apostólica en los 60-80 D.C., no encontraremos ninguna insinuación de que Jesús creyera ser él mismo una criatura no creada que ha existido desde la eternidad. Mateo y Lucas trazan el origen de Jesús a un especial acto de creación por Dios cuando la concepción del Mesías tomó lugar en el vientre de María. Fue el evento milagroso que marcó el principio — el génesis, u origen de Jesús de Nazaret (Mateo 1:18). Nada se dice del todo de una “eterna filiación”, es decir, que Jesús estuvo vivo como un Hijo antes de su concepción. Esa idea no pertenecía al pensamiento de los escritores bíblicos.

¿Quién Dijo Que El Mesías Era Dios?

La mayor parte de los lectores de la Escritura se acercan a los registros divinos con un buen fundado conjunto de suposiciones. Ellos están inadvertidos del hecho que mucho de lo que entienden acerca de

Jesús se deriva de sistemas teológicos inventados por escritores fuera de la Biblia. De esta manera ellos aceptan de buena gana una larga dosis de tradición, mientras van afirmando y creyendo que la Biblia es su sola autoridad.⁴

La cuestión crucial que debemos contestar es ésta: ¿Sobre qué base declararon tanto la iglesia primitiva y Jesús que él (Jesús) era realmente el Mesías prometido? La respuesta es clara. Fue por medio de afirmar que él había cumplido perfectamente el rol que había sido predicho sobre el Mesías en el Antiguo Testamento. Tuvo que ser demostrado que él encajó con las “especificaciones” desplegadas para el Mesías en la profecía Hebrea. Mateo, particularmente, se deleita en citar el Antiguo Testamento conforme era cumplido en los hechos de la vida y experiencia de Jesús (Mateo 1:23; 2:6, 15, etc.). Pero Marcos, Lucas, Juan, y Pedro (en los primeros capítulos de los Hechos) igualmente insisten que Jesús encaja exactamente en la descripción del Antiguo Testamento acerca del Mesías. Pablo pasó mucho de su ministerio demostrando a partir de las Escrituras Hebreas que Jesús era el prometido Cristo (Hechos 28:23). A menos que la identidad de Jesús pueda ser igualada con la descripción sobre él en el Antiguo Testamento, no habrá una buena razón para creer que su afirmación sobre su mesianismo era verdad!.

Es esencial preguntar, por lo tanto, si el Antiguo Testamento sugiere en algún lugar que el Mesías iba a ser “Dios co-igual” un segundo ser no creado que abandona una existencia eterna en el cielo para hacerse hombre. Si no dice nada como esto (y recordando que el Antiguo Testamento tiene que ver aún con detalles al minuto acerca de la venida del Mesías) tendremos que tratar como sospechosas las afirmaciones de cualquiera que diga que Jesús es ambos el Mesías y una segunda persona no creada de la Divinidad, reclamando el título “Dios” en el sentido pleno.

¿Qué retrato del Mesías es dibujado por las Escrituras Hebreas? Cuando los Cristianos del Nuevo Testamento buscan probar la afirmación de Jesús acerca de su destino mesiánico, a ellos les encanta citar apasionadamente Deuteronomio 18:18:

“Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú (Moisés); y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare.” Ambos Pedro (Hechos 3:22) y Esteban (Hechos 7:37) usaron este texto principal para mostrar que Jesús era “el profeta prometido” (Juan 6:14), cuyo origen sería en una familia israelita y cuya función sería similar a la de aquella de Moisés. En Jesús, Dios levantó el Mesías, el largamente prometido vocero divino, el Salvador de Israel y del mundo. En palabras de Pedro: “Dios levantó a su siervo y lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad” (Hechos 3:26).

Otro texto clásico Mesiánico prometió que “un hijo le nacerá a Israel” (Isaías 9:6), la “simiente de una mujer” (Génesis 3:15), un descendiente de Abraham (Gálatas 3:16), y un descendiente de la casa real de David (2 Samuel 7:14-16; Isaías 11:1). El será el gobernante nacido en Belén (Mateo 2:6; Miqueas 5:2). De sus varios títulos uno será “dios fuerte” y otro, “padre eterno” (Isaías 9:6). Es en este único texto donde podrá parecer que se le coloca al Mesías dentro de la categoría de los seres no creados, sin embargo, el lector sensitivo de la Escritura estará advertido que a un texto único no se le debería permitir deponer la insistencia del Antiguo Testamento de que sólo una persona es el verdadero Dios. No debería olvidarse que los oráculos secretos fueron entregados a los Judíos, ninguno de los cuales pensó que un título divino dado al Rey mesiánico significaba que él era un miembro de un divinidad eterna, ahora compuesta repentinamente y misteriosamente de dos personas, en contradicción a toda aquella herencia que Israel defendió. El “poderoso Dios” de Isaías 9:6 es definido por el destacado Léxico Hebreo como “héroe divino, reflejando la majestad divina.” La misma autoridad registra que la palabra “dios” usada por Isaías es aplicada en otra parte en la escritura a “hombres de poder y rango”, así como a ángeles. En lo que se refiere por “padre eterno”, el título fue entendido por los Judíos como “el padre de la era venidera (Mesiánica).”⁵ Era ampliamente conocido que una figura humana podía ser “padre para los habitantes de Judá y Jerusalén” (Isaías 22:21).

En el Salmo 45 el Rey Mesiánico “ideal” es nombrado como “dios”, pero no hay necesidad, sea como sea, de asumir, por consiguiente, que se ha comprometido el monoteísmo Judío. La palabra (en este caso elohim) fue aplicada no sólo al único Dios sino también a “representantes divinos, en lugares sagrados o como proyectando majestad divina y poder” (Léxico Hebreo e Inglés del Antiguo Testamento por Brown, Driver, y Briggs, pp. 42, 43). El Salmista, y el escritor de los Hebreos quienes la citaron (Hebreos 1:8)

estuvieron concientes del uso especializado de la palabra “dios” para describir al Rey Mesías y añadir inmediatamente que el Dios del Mesías le ha concedido sus privilegios reales (Salmo 45:7).

Aún el frecuentemente citado texto de Miqueas 5:2 acerca de los orígenes del Mesías no requiere de ningún tipo de preexistencia eterna literal. En el mismo libro una expresión similar fecha las promesas hechas a Jacob desde “tiempos antiguos” (Miqueas 7:20). Ciertamente las promesas del Mesías fueron dadas desde tiempos tempranos en la historia del hombre (Génesis 3:15; cp. Génesis 49:10; Números 24:17-19).

El Hijo de Dios

La fuente de la muy prolongada confusión acerca de la identidad de Jesús es la suposición extraída de años de pensamiento tradicional de que el título “Hijo de Dios” debe significar en las Escrituras un ser no creado, el miembro de una Divinidad. Esa noción no tiene ninguna posibilidad de ser encontrada en las Escrituras. Es un testimonio al poder del adoctrinamiento teológico que hace que esta idea subsista tan tercamente. En la Biblia “Hijo de Dios” es una alternativa y virtualmente un título sinónimo para el Mesías. Así Juan dedica su evangelio completo a un tema dominante, que creamos y comprendamos que “Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios” (Juan 20:31). La base para igualar estos títulos se encuentra en un pasaje favorito del Antiguo Testamento en el Salmo 2:

“Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungió” a quien ha puesto como Rey de Jerusalén (v. 6) y de quién él dice: “Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones” (v. 7, 8). Jesús no vacila en aplicar todo el Salmo a su persona, y lo ve como una predicción de su futura gobernación y de sus seguidores sobre las naciones (Apocalipsis 2:26, 27).⁶

Pedro hace la misma ecuación de Mesías e Hijo de Dios, cuando por revelación divina afirma su creencia en Jesús: “Tú eres el Cristo (Mesías), el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16).

El sumo sacerdote le pregunta a Jesús:

“Eres tú el Cristo (Mesías), el Hijo del Bendito?” (Marcos 14:61).

Natanael comprende que el Hijo de Dios no es otro que el Rey de Israel (Juan 1:49), el Mesías (v. 41), “aquel de quien Moisés escribió en la ley y también en los profetas” (v. 45; cp. Deuteronomio 18:15-18).

El título “Hijo de Dios” es aplicado también en la Escritura a los ángeles (Job 1:6; 2:1; 38:7; Génesis 6:2, 4; Salmo 29:1; 89:6; Daniel 3:25), a Adán (Lucas 3:38), a la nación de Israel (Éxodo 4:22); a los reyes de Israel como representando a Dios, y en el Nuevo Testamento a los Cristianos (Juan 1:12). En vano buscaremos para hallar alguna aplicación de este título a un ser no creado, un miembro de la eterna Divinidad. Este concepto está simplemente ausente de la idea bíblica de la filiación divina.

Lucas sabe muy bien que la filiación divina de Jesús se deriva de su concepción en el vientre de una virgen; él no sabe nada del todo sobre algún origen eterno:

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá (María) con su sombra; por lo cual también el santo ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35).

El Salmista ha atribuido la filiación Mesías a un momento definitivo de tiempo — “hoy” (Salmo 2:7) — en la ocasión de su nombramiento para la dominación del mundo. Pablo encuentra una aplicación adicional del Salmo 2 en la resurrección de Jesús (Romanos 1:4).

Aquí están claramente expuestas por las Escrituras las ideas bíblicas de la filiación de Jesús, las cuales Jesús reconoció como la Palabra de Dios. Esta filiación debe ser fechada desde la concepción de Jesús, su resurrección, o desde su nombramiento para ser Rey. La opinión de Lucas sobre su filiación concuerda exactamente con la esperanza en el nacimiento del Mesías de una mujer, una descendiente de Adán, Abraham, y David (Mateo 1:1; Lucas 3:38). Los textos que hemos examinado no contienen información de una preexistencia personal del Hijo en la eternidad.

El Hijo del Hombre, El Señor a la Diestra de Dios

El título “Hijo del Hombre” fue usado frecuentemente por Jesús para referirse a sí mismo. Como “Hijo de Dios”, él está estrechamente asociado con su Mesianismo; tanto que cuando Jesús afirmó solemnemente que él es el Mesías, el Hijo de Dios, agrega en el mismo momento que el sumo sacerdote

vería “el Hijo del Hombre” sentado a la diestra del poder y viniendo con las nubes del cielo” (Marcos 14:61, 62). El título “Hijo de Hombre” está más plenamente descrito en Daniel 7:13, 14, donde una figura humana (“un Hijo de Hombre”) recibe el derecho para el dominio mundial del Padre. El paralelo con Salmo 2 es obvio, así como la conexión estrecha con el Salmo 110, donde David se refiere a su “Señor” (El Mesías) que se sentará a la diestra (del Padre) hasta que tome su oficio como gobernador mundial y “reine en medio de sus enemigos” (Salmo 110:2; cp. Mateo 22:42-45). El Hijo del Hombre tiene igualmente una clara conexión Mesiánica en el Salmo 80:17: “Sea tu mano sobre el varón de tu diestra, sobre el Hijo del Hombre que para ti afirmaste”.

Es significativo que los escritores del Nuevo Testamento pongan muchísimo énfasis en el Salmo 110, citándolo unas 18 veces y aplicándolo a Jesús, quien había sido exaltado por aquel tiempo como Señor Mesiánico a la inmortalidad a la mano derecha del Padre exactamente como el Salmista lo previó. Nuevamente debemos reconocer que la eterna filiación es ajena a todos los títulos descriptivos del Mesías. Estos hechos alarmantes deberían conducir a los estudiantes de la Biblia de todas partes a comparar lo que se les ha enseñado acerca de Jesús con el Jesús presentado por la Escritura. Parecería que un hijo eterno no haría juego con la cuenta bíblica del Mesías. Al optar por un Jesús que es un ser eterno que pasa a través de una vida temporal en la tierra, muchos parecen, por así decirlo, haber “obtenido el hombre equivocado”.

Jesús No Pretendió Ser Dios

En el evangelio de Juan la identidad de Jesús es un tema fundamental. Juan escribió, como nos dice él, con un propósito principal: convencer a sus lectores que Jesús es “el Mesías”, el Hijo de Dios” (20:31). De acuerdo a Juan, Jesús distinguió cuidadosamente su persona con la del Padre quien es “el único Dios verdadero” (17:3; cp. 5:44, 6:27). Si estamos por buscar en el registro de Juan una prueba de que Jesús es Dios “co-igual”, en el sentido trinitario, estaremos descubriendo algo que Juan no se propuso, y en vista de su herencia Judía, no lo hubiera comprendido!

Por otra parte, tendríamos que admitir que Juan introduce una marcada nueva figura Mesiánica que contradice el Antiguo Testamento y depona la propia insistencia de Juan (y Jesús) de que sólo el Padre es verdadero Dios (Juan 5:44, 17:3). Semejante notoria auto-contradicción es difícilmente probable.

Ya es tiempo suficiente para que le permitamos a Jesús establecer el registro correctamente. En los informes de Mateo, Marcos, y Lucas se nos dice que explícitamente Jesús se suscribió al monoteísmo estricto del Antiguo Testamento (Marcos 12:32-34). Por lo tanto, ¿acaso él, de acuerdo a Juan, confunde el asunto afirmando ser Dios después de todo? La respuesta es dada claramente en Juan 10:34-36 donde Jesús definió su condición en términos de los representantes humanos de Dios en el Antiguo Testamento. Jesús dio este informe de sí mismo como explicación de lo que significa ser “uno con el Padre” (10:30). Es una unidad en función por la cual el Hijo representa perfectamente al Padre. Ese es exactamente el ideal del Antiguo Testamento de la filiación, el cual ha sido imperfectamente realizado en los gobernantes de Israel, pero encontrará su cumplimiento perfecto en el Mesías, el Rey escogido de Dios.

El argumento en Juan 10:29-38 es como sigue: Jesús comenzó por afirmar que él y el Padre eran “uno”. Fue una unidad de compañerismo y función la cual en otra ocasión él deseó también para la relación de sus discípulos con él y el Padre (Juan 17:11, 22). Los judíos entendieron que Jesús estaba pretendiendo la igualdad con Dios. Esto le dio una oportunidad a Jesús para explicarse. Lo que él estaba realmente pretendiendo, así dice él, era ser “Hijo de Dios” (v. 36), un reconocido sinónimo para Mesías. La pretensión para la filiación no fue irrazonable, sostuvo Jesús, en vista del hecho bien conocido que aun los representantes imperfectos de Dios han sido nombrados por él en el Antiguo Testamento como “dioses” (Salmo 82:6). Lejos de demostrar alguna pretensión para una eterna filiación, él compara su oficio y función con aquella de los jueces. Se consideró a sí mismo el representante de Dios por excelencia ya que él fue únicamente el Hijo de Dios, el único y solo Mesías sobrenaturalmente concebido, y el objeto de toda profecía del Antiguo Testamento. No hay absolutamente nada, sin embargo, en el registro de Jesús de sí mismo que interfiera con el monoteísmo del Antiguo Testamento o que requiera una reescritura del texto sagrado en Deuteronomio 6:4. La propia comprensión de Jesús está estrictamente

dentro de los límites impuestos por la revelación autoritativa de Dios en la Escritura. De otra manera su pretensión de ser el Mesías hubiera sido nula. Las Escrituras hubieran sido invalidadas.

El Lenguaje Judío de Juan

Puesto que Jesús expresamente negó que él era Dios en Juan 10:34-36, sería muy necio pensar que él se contradijo a sí mismo en otra parte. El Evangelio de Juan debería ser examinado con ciertos principios axiomáticos firmemente en mente. Jesús es distinto del “único Dios verdadero” (Juan 17:3). El Padre únicamente es Dios (5:44). Juan desea que sus lectores entiendan que todo lo que él escribe contribuye a la única gran verdad de que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios (20:31). Jesús mismo dice, como hemos visto, que el término “dios” puede ser usado para un ser humano que representa a Dios, pero ciertamente ello no implica que sea una “Deidad co-igual”. La propia auto designación de Jesús es claramente la de “Hijo de Dios” (Juan 19:36). En Juan 10:24, 25 Jesús les dijo “claramente” que él era el Mesías, pero ellos no lo creyeron.

Jesús declara frecuentemente que él ha sido “enviado por Dios”. Lo que el lector promedio oye en esta frase no es del todo lo que Juan quiso significar. Juan el Bautista fue también “enviado por Dios”, lo que no significa que él preexistió a su nacimiento (Juan 1:6). Los profetas en general son “enviados” por Dios (Jueces 6:8; Miqueas 6:4), y los mismos discípulos han de ser “enviados” como fue “enviado” Jesús (Juan 17:18). “Viniendo del cielo” no requiere que signifique descender de una previa vida, más aún, que “la carne de Jesús que es el pan que descendió del cielo” bajó literalmente del cielo (Juan 6:50, 51). Nicodemo reconoció que Jesús había “venido de Dios” (Juan 3:2), pero no pensó de él como preexistente. Ni tampoco el pueblo Judío cuando ellos hablaron del profeta “que había de venir al mundo” (Juan 6:14; cp. Deuteronomio 18:15-18), quisieron decir que él estaba vivo antes de su nacimiento. Santiago puede decir que “toda buena dádiva desciende de lo alto, del Padre de las luces” (Santiago 1:17). “Desciende del cielo” es la misma manera gráfica de Jesús y los Judíos de describir el origen divino, el cual ciertamente perteneció a Jesús a través de la virgen María.

Las declaraciones de “preexistencia” en Juan (Juan 3:13; 6:62) están conectadas con el Hijo del Hombre, que significa ‘ser humano’. Lo máximo que puede ser probado de estos versículos es que Jesús era un ser humano vivo en el cielo antes de que naciera en la tierra! Este tipo de explicación es innecesaria, sin embargo, una vez que notamos que Daniel vio al Hijo del Hombre 600 años antes en visión sentado a la diestra del Padre, es una posición que ganó Jesús, dice el Nuevo Testamento, por su resurrección y ascensión. Como Mesías, Jesús se vio a sí mismo en el rol de uno que sería después exaltado al cielo, pues éste, de acuerdo a la visión inspirada de Daniel, era el destino del Mesías anterior a su segunda venida en gloria. Jesús realmente preexiste a su futuro retorno a la tierra. Todo esto había sido visto por adelantado por Daniel antes del nacimiento del Mesías. Así Jesús esperó ascender a la diestra del Padre donde él había sido visto en visión como un ser humano exaltado — Hijo del Hombre (Juan 6:62). Decir que Jesús estaba en realidad en el trono de su Padre en el cielo como un ser humano antes de su nacimiento en Belén es mal entender a ambos Juan y Daniel. Jesús tuvo que nacer antes que pudiera tener lugar algo predicho sobre él en el Antiguo Testamento!

Gloria Antes Que Abraham

Jesús halla su propia historia escrita en las Escrituras Hebreas (Lucas 24:27). El rol del Mesías estaba claramente esbozado allí. Nada en el registro divino ha sugerido que el monoteísmo del Antiguo Testamento sería radicalmente interrumpido por la aparición del Mesías. Un montón de evidencia apoyará la proposición de que los apóstoles nunca por un momento cuestionaron la absoluta singularidad o unicidad de Dios, o que la aparición de Jesús creó algún problema teórico acerca del monoteísmo. Es por lo tanto destructor de la unidad de la Biblia el sugerir que en uno o dos textos en Juan, Jesús trastocó su propia declaración de fe de que el Padre era “el único Dios verdadero” (17:3), o que él se transportó lejos fuera de la categoría de un ser humano hablando de una existencia consciente desde la eternidad. Desde luego que su oración por la gloria que tuvo antes que comenzara el mundo (17:5) puede fácilmente ser entendida como un deseo por la gloria que ha sido preparada para él en el plan del Padre. La gloria

que Jesús deseó para los discípulos ha sido también “dada” (Juan 17:22), pero ellos aún no la han recibido.⁷

Era típico en el pensamiento Judío que cualquier cosa de suprema importancia en el propósito de Dios — Moisés, la ley, arrepentimiento, el Reino de Dios, y el Mesías — hayan “existido” con Dios desde la eternidad. En esta veta Juan puede hablar de la crucifixión como habiendo “ocurrido” antes de la fundación del mundo (Apocalipsis 13:8). Pedro, escribiendo tarde en el primer siglo, aún conoce de la “preexistencia” de Jesús sólo como una existencia en el preconocimiento de Dios (1 Pedro 1:20). Sus sermones en los primeros capítulos de los Hechos reflejan exactamente la misma opinión.

Pero. ¿Qué del texto probatorio en Juan 8:58 de que Jesús existió antes que Abraham? ¿Acaso Jesús después de todo confunde todo diciendo por un lado que el Padre sólo es el único Dios verdadero” (17:3, 5:44) — y que él mismo no es Dios, sino el Hijo de Dios (Juan 10:36) — y por otro lado que él, Jesús, es también un ser no creado? ¿Acaso él define su rango dentro de las categorías reconocibles del Antiguo Testamento (Juan 10:36; Salmo 82:6; 2:7) sólo para plantear un acertijo insoluble diciendo que él ha estado vivo antes del nacimiento de Abraham? ¿Es acaso el problema Trinitario el que debe erigirse debido a un simple texto de Juan?

¿No sería más sabio leer Juan 8:58 a la luz de la declaración posterior de Jesús en 10:36, y en el resto de la Escritura?

En la atmósfera completamente Judía que penetra el Evangelio de Juan es muy natural pensar que Jesús hablara en términos que fueron corrientes entre aquellos entrenados en la tradición Rabínica. En un contexto Judío, el sostener “preexistencia” no significa que uno está afirmando ser una criatura increada! No obstante, sí implica que uno tiene significación absoluta en el plan divino. Jesús es verdaderamente la razón central para la creación. Pero la singular actividad creativa de Dios y su plan para la salvación no fueron manifestados en un único ser creado, el Hijo, hasta que Jesús nació. La persona de Jesús se originó cuando la propia expresión de Dios tomó forma en un ser humano (Juan 1:14).⁸

Es un hecho bien reconocido que las conversaciones entre Jesús y los Judíos fueron frecuentemente antagónicas. En Juan 8:57 Jesús de hecho no dijo, como los Judíos parecieron entender, que él había visto a Abraham, sino que Abraham se regocijó de ver el día del Señor (v. 56). El Patriarca estaba esperando levantarse en la resurrección en el último día (Juan 11:24; Mateo 8:11) y tomar parte en el Reino Mesianico. Jesús estaba afirmando su superioridad sobre Abraham, pero, ¿en qué sentido?

Como el “Cordero de Dios” él había sido “crucificado antes de la fundación del mundo” (Apocalipsis 13:8; 1 Pedro 1:20) — no, por supuesto, literalmente, pero en el plan de Dios. De esta manera también Jesús ‘era’ antes que Abraham. Así Abraham pudo mirar adelante hacia la venida del Mesías y su Reino. El Mesías y el Reino entonces ‘preexistieron’ en el sentido que ellos fueron vistos por Abraham a través de los ojos de la fe.⁹

La expresión ‘yo soy’ en Juan 8:58 positivamente no significa ‘yo soy Dios’. No es, como frecuentemente se ha alegado, el nombre divino de Éxodo 3:14, donde Jehová declaró: “Yo soy el que soy (el único auto existente — ‘ego eimi o ohn’). En ninguna parte Jesús pretendió ese título. La correcta traducción de ‘ego eimi’ en Juan 8:58 es ‘Yo soy él’, p.e., el prometido Mesías (Cristo)(cp. La misma expresión es en Juan 4:26, “Yo soy (el Mesías), el que habla contigo”).¹⁰ Antes que naciera Abraham Jesús fue ‘preconocido’ (cp. 1 Pedro 1:20). Jesús hace acá la estupenda reclamación de la absoluta trascendencia en el propósito de Dios.

El Logos en Juan 1:1

No hay otra razón, que la fuerza del hábito, para entender que la “Palabra” en Juan 1:1 significa una segunda persona divina, antes del nacimiento de Jesús.¹¹ Una personificación similar de la sabiduría en Proverbios 8:22, 30 y Lucas 11:49 no significa que “ella” es una segunda persona. No hay una forma posible de acomodar una “segunda persona divina” en la deidad revelada como Juan y Jesús la entendieron. El Padre permanece, como siempre ha sido, “el único Dios verdadero” (17:3) “el que solo es Dios (5:44). Leyendo el término “Logos” (“Palabra”) en una perspectiva del Antiguo Testamento entenderemos que es la actividad de Dios en la creación, su ordenador de vida por medio del cual todas las cosas vinieron a existir (Salmo 33:6-12). La Palabra de Dios es el poder por el cual Sus propósitos

adelantan (Isaías 55:11). Si nosotros la tomamos prestado de otra parte en el Nuevo Testamento deberemos igualar la Palabra con el mensaje creador de salvación, el evangelio. Este es el significado a lo largo del Nuevo Testamento (Mateo 13:19; Gálatas 6:6, etc.).

Es este complejo de ideas el que va a formar el significado del Logos, la “Palabra”. Por medio de él (Logos) todas las cosas fueron hechas, y nada fue hecho sin él” (Juan 1:3). En Juan 1:14 la palabra se materializa en un ser humano real teniendo un origen divino en su concepción sobrenatural. Desde este momento, en “el cumplimiento del tiempo” (Gálatas 4:4), el único Dios se expresa a sí mismo en una nueva creación, la imagen de la creación original en Adán. La concepción y el nacimiento de Jesús marcan una nueva fase sin precedente del propósito de Dios en la historia. Como el segundo Adán, Jesús arma la escena para el programa completo de la salvación. El abre el camino a la inmortalidad. En él el propósito de Dios es finalmente revelado en un ser humano (Hebreos 1:1). Todo esto no significa, sin embargo, que Jesús renunció a una vida por otra. Eso hubiera perturbado seriamente el paralelo con Adán quien fue también “Hijo de Dios” por la creación directa (Lucas 3:38). También estropearía el monoteísmo puro revelado a todo lo largo de las Escrituras las cuales “no pueden ser quebrantadas” (Juan 10:35). Antes, Dios comienza a hablarnos en el primer siglo D.C. en un Nuevo Hijo, su última Palabra al mundo (Hebreos 1:1). Es la noción de un Hijo eternamente existente la que desbarata tan violentamente el esquema bíblico, desafiando el monoteísmo y amenazando la humanidad real de Jesús (1 Juan 4:2; 2 Juan 7).

Esta comprensión de Jesús en el Evangelio de Juan pondrá a Juan en armonía con sus compañeros apóstoles, y el monoteísmo del Antiguo Testamento será preservado intacto. Los hechos de la historia de la iglesia muestran que el monoteísmo irrestricto de las Escrituras Hebreas, fue pronto, después de los tiempos del Nuevo Testamento, abandonado bajo la influencia de distintas ideas Griegas. Al mismo tiempo el marco predeterminado para el Mesianismo fue olvidado, y con él la realidad del Reino Mesianico futuro. El resultado fue años de conflicto aún no resueltos sobre cómo una segunda persona divina preexistente pudo ser combinada con un ser plenamente humano en un solo individuo. El concepto de la preexistencia literal para el Mesías es la idea intrusa, la parte del acertijo Cristológico que no encaja. Sin él emerge una clara figura de Jesús dentro de los términos de la revelación Hebrea y las enseñanzas de los apóstoles. Dios, el Padre, permanece verdaderamente como el único Dios verdadero, el único quien sólo es Dios (17:3; 5:44) y la singularidad de Jesús con su Padre está basada en una unidad de función representado por uno quien es verdaderamente el Hijo, como la Biblia en todas partes, además, entiende ese término (10:36). Si el Cristianismo debe ser revivido y unificado deberá serlo sobre la base de creer en Jesús, el Mesías de la Biblia, no estropeado por las especulaciones extraviadas de los Griegos quienes manifestaron muy poca simpatía por el mundo Hebreo en donde nació el Cristianismo.

La “Divinidad” de Jesús

Decir que Jesús no es Dios no es negar que él está excepcionalmente investido con la naturaleza divina. La Divinidad es, por así decirlo, “innato” en él en virtud de su concepción única bajo la influencia del Espíritu Santo, como también por el Espíritu que mora en él en medida plena (Juan 3:34). Pablo reconoce que la “plenitud de la deidad moraba en él” (Colosenses 1:19; 2:9). Viendo al hombre Jesús vemos a gloria del Padre (Juan 1:14). Vemos que Dios mismo estaba “en el Mesías reconciliando al mundo consigo mismo” (2 Corintios 5:19). El Hijo de Dios es, por consiguiente el pináculo de la creación de Dios, la expresión plena del carácter divino en un ser humano. Sin embargo la gloria del Padre fue manifestada, en un mucho menor grado, en Adán (Salmo 8:5; cp. Génesis 1:26), en Jesús la voluntad del Padre es plenamente explicada (Juan 1:18).

Nada de lo que Pablo dice acerca de Jesús lo saca de la categoría de un ser humano. La presencia de Dios que moró en el templo no convirtió al templo en Dios! Raramente es observado que un alto grado de “divinidad” es atribuida por Pablo también al Cristiano¹³ que tiene el espíritu del Mesías morando en él (Efesios 3:19). Así como “Dios estaba en Cristo” (2 Corintios 5:19), así también Cristo estaba “en Pablo” (Gálatas 2:20), y él ora para que los Cristianos sean “llenos de toda la plenitud de Dios” (Efesios 1:23; 3:19). Pedro habla de los fieles como teniendo la “naturaleza divina” (2 Pedro 1:4). Lo que es cierto de los Cristianos es cierto en un más alto grado de Jesús quien es el “precursor” que lleva a otros a través del

proceso de la salvación después que él mismo hubo “completado la trayectoria” exitosamente (Hebreos 2:10).

En la Forma de Dios

A pesar de la masiva evidencia del Nuevo Testamento mostrando que los apóstoles siempre distinguieron a Jesús del único Dios, el Padre” (1 Corintios 8:6), muchos confiadamente encuentran la opinión tradicional de Jesús como una segunda criatura increada, plenamente Dios, en Filipenses 2:5-11. Es algo de una paradoja que el escritor sobre Cristología en el Diccionario de la Iglesia Apostólica pueda decir que “Pablo nunca le da a Cristo el nombre o descripción de ‘Dios,’” pero no obstante encuentre en Filipenses 2 una descripción de la “pre-vida” eterna de Cristo en el cielo.¹⁴

Un reciente y muy aclamado estudio de la visión bíblica sobre Jesús — *Christology in the Making*, por James Dunn — nos alerta del peligro de leer en las palabras de Pablo las conclusiones de la generación posterior de teólogos, los “padres” de la iglesia Griega en los siglos siguientes a la culminación de los escritos del Nuevo Testamento. La tendencia de buscar en la Escritura lo que ya creemos, es natural, ya que ninguno de nosotros puede fácilmente encarar la amenazante posibilidad de que nuestra comprensión “recibida”, no coincida con la Biblia. (El problema es aún más agudo si estamos envueltos en enseñar o predicar la Biblia.)

Sin embargo, ¿no estamos demandando de Pablo más de lo que a él le sería posible dar por medio de pedirle que nos presente, en unas pocas frases breves, con otro ser eterno distinto que el Padre? Esto amenazaría tan obviamente el estricto monoteísmo que él expresa tan claramente en todos los demás lugares (1 Corintios 8:6; Efesios 4:6; 1 Timoteo 2:5). También aumentaría la totalidad del problema trinitario el cual Pablo, como brillante teólogo que era, ignora completamente.

Mirando de nuevo a Filipenses 2, debemos formular la pregunta si Pablo en estos versos ha hecho realmente lo que sería su única referencia de Jesús como habiendo estado vivo antes de su nacimiento. El contexto de su comentario lo muestran urgiendo a los santos a ser humildes. Se ha preguntado frecuentemente si es de alguna manera probable que él hubiera forzado esta lección por medio de pedir a sus lectores a adoptar esta estructura de mente de uno que, habiendo sido Dios eternamente, tomó la decisión de ser hombre. Podría ser también difícil para Pablo referirse al preexistente Jesús como Jesús el Mesías, leyendo hacia atrás a la eternidad el nombre y oficio que él recibió en su nacimiento en Belén.

Pablo puede ser comprendido fácilmente en Filipenses 2 en los términos de un tema favorito: La Cristología de Adán. Fue Adán quien era a la imagen de Dios como el Hijo de Dios (Génesis 1:26; Lucas 3:38). Mientras que Jesús, el segundo Adán (1 Corintios 15:45) era también en la forma de Dios (las dos palabras “imagen” y “forma” pueden ser intercambiadas).¹⁵

No obstante, mientras Adán, bajo la influencia de Satán, ambicionó la igualdad con Dios (“seréis como Dios” — Génesis 3:5), Jesús no. Sin embargo él tuvo todo el derecho al oficio divino puesto que él era el Mesías que reflejaba la presencia divina, pero él no se consideró igual a Dios como algo a “que aferrarse”. En vez de eso él renunció a todos los privilegios, rechazando la oferta de Satán de poderío sobre los reinos mundiales (Mateo 4:8-10), y se comportó a lo largo de su vida como un siervo, aun al punto de ir a una muerte de criminal en la cruz.

En respuesta a esta vida de humildad Dios ahora ha exaltado a Jesús al rango de Señor Mesías a la diestra del Padre, tal como el Salmo 110 lo predijo. Pablo no dice que Jesús estaba re-obteniendo una posición que temporalmente había renunciado. Él parece más bien haber ganado su oficio exaltado por primera vez después de su resurrección. Sin embargo él había sido toda su vida el Mesías, su posición fue públicamente confirmada cuando él fue “hecho ambos Señor y Mesías” por medio de ser levantado de la muerte (Hechos 2:36; Romanos 1:4). Si leemos el registro de Pablo sobre la vida de Jesús de esta manera como una descripción continua de su auto negación, se notará un estrecho paralelo con otro de sus comentarios en la carrera de Jesús. “Siendo rico, se hizo pobre por amor a vosotros” (2 corintios 8:9). Mientras que Adán había caído, Jesús voluntariamente “bajó”.

La lectura tradicional del pasaje de Filipenses 2 depende casi enteramente de comprender la condición de Jesús “en la forma de Dios” como una referencia a una vida preexistente en el cielo. Las traducciones han hecho mucho por reforzar esta opinión. El verbo “era” en la frase “era en la forma de

Dios” ocurre frecuentemente en el Nuevo Testamento y de ningún modo acarrea el sentido de “existiendo en la eternidad”, sin embargo algunas versiones tratan de forzar ese significado en él. En 1 Corintios 11:7, Pablo dice que un hombre no debería cubrirse la cabeza ya que él *es* a la imagen y gloria de Dios. El verbo aquí no es diferente al de “era” que describe a Jesús como en la forma de Dios. Si el hombre ordinario es la imagen y gloria de Dios, cuánto mucho más Jesús, quien es el representante humano perfecto de Dios en quien residen todos los atributos de la naturaleza divina (Colosenses 2:9). La intención de Pablo en Filipenses 2 no es introducir el vasto tema de un ser divino eterno que se hizo hombre, sino enseñar una sencilla lección de humildad. Debemos de tener la misma actitud que Jesús, pensar como él lo hizo. Pero no se nos está pidiendo imaginarnos a nosotros mismos como seres divinos eternos por allí rendidos a la divinidad con el fin de venir a la tierra como hombres.

No es ampliamente conocido que muchos han tenido serias reservas de leer Filipenses 2 como una declaración acerca de la preexistencia. Un Antiguo profesor de Teología escribió en 1923: “Pablo está rogando a los Filipenses a cesar las disensiones, y obrar con humildad unos con otros. En 2 Corintios 8:9 él está rogando a sus lectores a ser generosos en dar limosnas. Es cuestionado si no sería muy natural para él hacer cumplir estas dos simples lecciones morales por medio de hacer menciones casuales (y es la única mención que él hace alguna vez) al enorme problema del modo de la encarnación. Y es considerado por muchos que sus apelaciones simples tendrían más efecto si él se hubiera dirigido al ejemplo inspirador de la humildad de Cristo y su auto sacrificio en su vida humana, como en 2 Corintios 10:1: “Yo Pablo os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo’.” El autor de estos comentarios, A.H. McNeile,¹⁶ sugiere la siguiente paráfrasis. “Aunque Jesús fue durante toda su vida divino, sin embargo, él no lo creyó un privilegio de mantenerlo a toda costa y ser tratado como una igualdad con Dios, pero por su propio acuerdo se vació a sí mismo enteramente a la voluntad de Dios y en consecuencia recibió la más alta exaltación.

Cabeza de la Nueva Creación

El paralelo entre Adán y Jesús forma la base del pensamiento de Pablo acerca del Mesías. Cristo posee la misma conexión con la nueva creación, la iglesia, así como Adán la tuvo con la creación que comenzó en Génesis. Comenzando con Jesús, la humanidad hace un nuevo comienzo. En Jesús como un hombre representativo, el nuevo Adán, la sociedad comienza de nuevo todo. Esta correspondencia es perturbada seriamente si Jesús después de todo no se origina como un hombre. Así como Adán es creado como un “Hijo de Dios” (Lucas 3:38), así la concepción de Jesús lo constituye a él “Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Ciertamente Adán es de la tierra (1 Corintios 15:47) mientras que Jesús es el “hombre del cielo.” No viniendo del cielo en su nacimiento, sino según Pablo, en su segunda venida para resucitar a los fieles muertos (1 Corintios 15:45f). Hasta este punto vemos el defecto en las ideas tradicionales acerca de la preexistencia. La marcha de Cristo del cielo a la tierra se centra en la mente de Pablo en la Parousía (segunda venida). En el pensamiento tardío, el centro del interés fue transferido a su nacimiento. Así, curiosamente, el esquema tradicional mira hacia tras en la historia, mientras que la Biblia nos orienta primeramente hacia la venida futura del Mesías en gloria.

Es como la cabeza de la nueva creación y el centro del propósito cósmico como Pablo describe a Jesús en Colosenses 1. Su intención es mostrar la posición suprema que Jesús ha ganado a través de la resurrección y su preeminencia en el nuevo orden, como contraria a las afirmaciones de sistemas rivales de religión por las cuales los Colosenses estaban siendo amenazados. Todas las autoridades fueron creadas “en Cristo” (Colosenses 1:16). De modo que Jesús afirmó también: “Todo poder en el cielo y en la tierra es mío” (Mateo 28:18). “Todas las cosas” aquí significan para Pablo la inteligente creación animada consistente de “tronos, dominios, gobernadores o autoridades,” que fueron creados “en Cristo”, “a través de Cristo” (no “por”) y “para Cristo.” Es su Reino que Pablo tenía en mente (Colosenses 1:13). Jesús es el primogénito de cada criatura así como el primogénito de los muertos (vs. 15, 18).¹⁷ El término “primogénito” designa a Jesús como miembro principal del nuevo orden creado, así como su fuente, una posición que él alcanzó por medio de ser el primero en recibir inmortalidad a través de la resurrección. Juan, en Revelación 3:14, llama similarmente a Jesús: “El principio de la creación de Dios”, que muy naturalmente quiere decir que él mismo fue parte de la creación. Aquel “primogénito” designa en la

Biblia a aquel que tiene el oficio supremo, y puede ser demostrado en el Salmo 89:27 donde el “primogénito”, el Mesías, es el más grande de los Reyes de la tierra, uno elegido como David del pueblo y exaltado (Salmo 89:19). Nuevamente Pablo ha desarrollado los conceptos mesiánicos ya bien establecidos por las Escrituras Hebreas.

En ninguna de las declaraciones de Pablo estamos obligados a encontrar un “segundo ser divino eterno.” Él nos presenta más bien con el glorificado segundo Adán, ahora erigido al oficio divino para el cual el hombre fue originalmente creado (Génesis 1:26, Salmo 8). Jesús ahora representa a la raza humana como la Cabeza del nuevo orden de la humanidad. El intercede por nosotros como Sumo Sacerdote en el templo celestial (Hebreos 8:1). Atribuyendo tales elevados títulos al ascendido señor, no hay razón para pensar que Pablo haya violado su propio claro monoteísmo en 1 Corintios 8:6:” Para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, y un sólo Señor, Jesucristo”. Nada en Colosenses 1 nos fuerza a creer que Pablo, sin advertirnos, se ha separado de la comunión de Mateo, Marcos, Lucas, Pedro, y Juan y que se ha desviado del monoteísmo absoluto el cual él expuso tan clara y cuidadosamente en todas partes (1 Timoteo 2:5; Efesios 4:8), y el cual estuvo profundamente incrustado en su entero antecedente teológico.

La Tierra Habitada por Venir de la cual hablamos

El escritor a los Hebreos pone particular énfasis en la humanidad de Jesús. Él estuvo tentado en todos los puntos como nosotros lo estamos y aún así sin pecado (Hebreos 4:15). Dios hizo originalmente los siglos a través del hijo (no “por el hijo”), con su destino a la vista (Hebreos 1:2). Después de comunicarse con nosotros en diferentes formas y en diferentes tiempos a través de portavoces en el pasado, finalmente Dios ahora nos ha hablado en uno que es verdaderamente Hijo (Hebreos 1:2). El escritor no quiso decir al declararnos (lo que Jesús no supo: Marcos 10:6) de que Jesús fue el agente activo en la creación del Génesis. Fue Dios quien descansó el séptimo día, después de completar su obra (Hebreos 4:4, 10).¹⁸ Es Dios, también, quien aún introducirá al Hijo dentro de la “tierra habitada del futuro: Cuando él nuevamente introduce al hijo en el mundo” (Hebreos 1:6).¹⁹

Cuando el Mesías sea reintroducido en el mundo, un número de importantes afirmaciones sobre él, se convertirán en historia. Primeramente, el trono del Mesías será establecido (Hebreos 1:8). (Compare, “Cuando el Hijo del Hombre, venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria” — Mateo 25:31)²⁰. Como representante de la majestad divina del Padre, el título mesiánico “dios” le será aplicado a Jesús, así como una vez le fuera dado a los jueces de Israel) quienes simbolizaron al Juez supremo de Israel, el Mesías (Salmo 82:6). Otra profecía del salmo 102:25 será también cumplida en el Reino venidero del Mesías. Los fundamentos de la nueva tierra y los nuevos cielos serán colocados como Isaías (51:16 y 65:17) lo previó. Hebreos 1:10 puede ser fácilmente leído incorrectamente como queriendo significar que el Señor Mesías era el responsable de la creación del Génesis. Sin embargo, esto pasa por alto la cita que el autor hace de los LXX del enteramente mesiánico Salmo 102. Además, él declara específicamente que sus series de verdades acerca del Hijo se refieren al tiempo cuando él es “nuevamente traído” a la tierra (Hebreos 1:6). Y en Hebreos 2:5 nos dice nuevamente que es la tierra (Hebreos 1:6). Y en Hebreos 2:5 nos dice nuevamente que es la “tierra habitada *del futuro*” de la cual él está hablando en el capítulo 1. Se le debe permitir al escritor proveer su propio comentario. Su interés es con el Reino Mesiánico, no con la creación del Génesis. A causa de que no compartimos la visión mesiánica del Nuevo Testamento como debiéramos, nuestra tendencia es ver hacia atrás en vez de hacia adelante. Debemos armonizarnos con la perspectiva profundamente mesiánica de toda la Biblia.²¹

El Antecedente Hebreo al Nuevo Testamento

Será útil por la vía del resumen y para orientarnos al pensamiento del mundo de los autores del nuevo Testamento, establecer los principales pasajes de las Escrituras Hebreas de donde se derivaron su unificada comprensión de la persona de Cristo. En ninguna parte puede demostrarse que el Mesías sería un ser no creado, un hecho que nos causaría mirar fuera de la Biblia para hallar la fuente de semejante concepto revolucionario.

El propósito original para el hombre, hecho a la imagen y gloria de Dios, fue la de ejercer dominio sobre la tierra (Génesis 1:26; Salmo 8). Ese ideal nunca se pierde más allá de nuestra capacidad de recuperarlo, porque el salmista habla de la “gloria” con la que el hombre ha sido (potencialmente) coronado de modo que “todas las cosas le sean sujetas bajo sus pies” (Salmo 8:5, 6. Como el plan divino lo revela, se hace claro que la prometida “simiente de la mujer” es la que revertirá el desastre causado por Satanás (Génesis 3:15) será un descendiente de David (2 Samuel 7:13-16). Él llamará a Dios su Padre (2 Samuel 7:14) y será nombrado como el Hijo de Dios, el Mesías, a quien Dios confía la gobernación de la tierra (Salmo 2). Antes de ocupar su oficio real, no obstante, el Mesías debe sentarse al lado derecho del padre y llevar el título de “Señor”(Salmo 110:1). Como Hijo de Hombre, hombre representativo, él tomará su lugar en el cielo antes de recibir de Dios autoridad para administrar un imperio Universal (Daniel 2:44; 7:14; Hechos 3:20, 21). Habiendo en su primera venida sufrido por los pecados de la gente (Isaías 53: Salmo 22), él está por venir nuevamente como el primogénito de Dios, el soberano de los reyes de la tierra (Salmo 89:27), prefigurado por David quien fue también elegido de entre el pueblo (Salmo 89:19, 20).

Como el segundo Moisés, el Mesías se levantará en Israel (Deuteronomio 18:18), derivando su filiación divina a un nacimiento sobrenatural de una virgen (Isaías 7:14; Lucas 1:35), y siendo confirmado como Hijo de Dios a través de su resurrección de los muertos (Romanos 1:4). Como Sumo sacerdote, el Mesías sirve ahora a su pueblo desde el cielo (Hebreos 4:1) y espera el tiempo de la restauración de todas las cosas (Hechos 3:21), cuando él sea destinado a ser reintroducido a la tierra como Rey de Reyes, la figura divina del Salmo 45 (Hebreos 1: 6-8). En aquel tiempo, en la nueva era del Reino, él regirá con sus discípulos (Mateo 19:28, Lucas 22:28-30; 1 Corintios 6:2; 2 Timoteo 2:12; Revelación 2:26, 3:21; Revelación 20:4). Como Adán encabeza la creación original de los seres humanos en la tierra, así Jesús es la cabeza creadora del Nuevo Orden de la humanidad, en quien los ideales de la raza humana se cumplirán (Hebreos 2: 7).

Dentro de este marco Mesiánico, la persona y obra de Jesús pueden ser explicadas en términos comprendidos por los apóstoles. El propósito de ellos aún cuando presenten la más “avanzada Cristología” es proclamar la creencia en Jesús como Mesías e Hijo de Dios (Juan 20:31), quien es el centro de todo el propósito de Dios en la historia (Juan 1:14). Sin embargo, Jesús está obviamente coordinado en una muy íntima manera con su Padre, este último permanece como “el único Dios verdadero” del monoteísmo bíblico (Juan 17:3). Jesús así representa la presencia del único Dios, su Padre. En el hombre Jesús, Emmanuel, el único Dios está presente con nosotros (Juan 14:9).²²

De Hijo de Dios a Dios el Hijo

Hemos buscado el Jesús de la Biblia por medio de reunir las varias hebras de los datos revelados en los registros inspirados. La figura que emerge es diferente de la figura presentada por el Cristianismo tradicional en la que la persona de Cristo que hemos descrito no complica el primer principio de la fe bíblica, a saber, creer en uno quien sólo es verdadera y absolutamente Dios (Juan 17:3; 5:44).

Es fácil ver como el Mesías bíblico vino a ser “Dios el Hijo” de los teólogos post-bíblicos. Eso fue posible solamente cuando el mesianismo esencial de la Biblia fue gradualmente suprimido. El término “Hijo de Dios,” que en la Escritura es un título puramente mesiánico que describe la gloria del hombre en relación íntima con el Padre, fue desde el segundo siglo mal entendido y reaplicado a la parte divina de un eterno Dios / hombre. Al mismo tiempo, la designación “Hijo del Hombre”, nada menos que un título del Mesías como hombre representante, fue hecha para referirse a su naturaleza humana. De este modo ambos títulos, hijo de Dios e Hijo del Hombre fueron desalojados de su sentido Mesiánico y sus significados bíblicos se perdieron. Mientras que la evidencia del Antiguo Testamento fue ampliamente rechazada —así como la evidencia de los Evangelios Sinópticos, Hechos, Pedro, Santiago, y Juan en el Libro de Revelación — una serie de versículos en el Evangelio de Juan y dos o tres en las Epístolas de Pablo fueron reinterpretados para acomodar la nueva idea de que Jesús era el segundo miembro de una trinidad eterna, co-igual e inherentemente Dios. Ese Jesús, sin embargo, es escasamente el Jesús de los documentos bíblicos. Él es el otro Jesús (2 Corintios 11:4).

El Hombre y el Mensaje Obscurecidos

Con la pérdida del significado bíblico del término Mesías prosiguió una pérdida paralela del significado del reino Mesianico el cual es el centro de toda la enseñanza de Jesús y el corazón del evangelio (Lucas 4:43; Hechos 8:12; 28:23, 31). La esperanza para el establecimiento del reino del Mesías en una tierra renovada, que es el tema de toda la profecía del antiguo Testamento que Jesús vino a confirmar (Romanos 15:8), fue reemplazada por la esperanza del “cielo para cuando tú mueras”; y una gran porción de propaganda convenció (y continúa convenciendo) a un público ignorante de que Jesús nunca creyó en nada tan “terreno”, político, o “no espiritual” como el Reino de Dios en la tierra. El resultado de los cambios radicales que gradualmente trastocaron las perspectivas de la iglesia (comenzando tan temprano como el siglo segundo) ha sido una pérdida del mensaje central de Jesús — el evangelio acerca del Reino de Dios (Lucas 4:43; Hechos 8:12; 28:23, 30, 31) — así como un mal entendimiento acerca de quién es él. Las iglesias se les ha dejado en algunos apremios explicando cómo por un lado Jesús era el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento acerca del Mesías, mientras que se supone que han rechazado al mismo tiempo las promesas del Antiguo Testamento de que el Mesías viene a gobernar la tierra! La teoría adelantada usualmente es que Jesús mantuvo el Antiguo Testamento en tanto que enseñara un ideal ético de amor, pero que rechazó la visión del profeta de una intervención catastrófica divina en la historia que conduciría a una renovación de la sociedad en la tierra bajo el Reino de Dios.²³ En pocas palabras, se supone que Jesús ha afirmado ser el Mesías, pero al mismo tiempo ha eliminado toda esperanza para la restauración de la teocracia que sus antepasados anhelaron.

No hay duda del todo de que los fieles en Israel estaban realmente mirando hacia delante al arribo del Mesías para gobernar en la tierra, pero Jesús, como ha sido largamente sostenido, se separó de tales “crudas” expectativas.²⁴ La cuestión en cuanto al porqué los Judíos esperaban un concreto imperio Mesianico en la tierra es evitada silenciosamente. Si fuera cuestionada, la respuesta hubiera tenido que ser obviamente que las Escrituras del Antiguo Testamento lo predijeron en cada detalle.

Las iglesias van a tener que llegar a la comprensión de que ellas no están jugando limpio con la Biblia permitiendo sólo el primer acto del drama divino — la parte que concierne al sufriente y moribundo Mesías — en tanto que descartan el segundo acto. El futuro arribo del Mesías como Rey triunfante, el enviado de Dios para crear una efectiva y duradera paz en la tierra. La resurrección y ascensión de Jesús y su presente sesión al lado derecho del Padre son sólo parte del triunfo del Hijo de Dios, como lo entiende el Nuevo Testamento.

Un serio y fundamental error refuerza las formas tradicionales del pensamiento acerca del rol de Jesús en la historia. Este tiene que ver con la función política-teocrática del Mesías que es el principal ingrediente del Mesianismo. Hasta ahora, se ha hecho todo el esfuerzo para sostener la creencia, contraria a las declaraciones más sencillas de la Escritura, que las promesas de Jesús a la iglesia de gobernar con él en el futuro Reino Mesianico (Mateo 19:28; Lucas 22:28-30) deben ser aplicadas a la presente era. Lo que continúa siendo pasado por alto es que será “cuando Cristo venga en su gloria” al final de la edad presente (Mateo 25:31), “en la nueva era cuando tome su oficio de Rey” (Mateo 19:28), que la iglesia reinará con él. Para que no debiera haber duda en lo más mínimo, el coro de seres divinos cantan acerca de la iglesia, “y nos has redimido de toda nación, y nos has hecho para Dios reyes y sacerdotes destinados a reinar en la tierra” (Apocalipsis 5:10). El Mesianismo puro del Salmo 2 permanece tan fuerte como siempre en Apocalipsis 2:26 y 3:21, y estas son las muy propias palabras de Jesús a la iglesia (Apocalipsis 1:1; 22:16). El Jesús de las Escrituras no es otro que el Mesías de la profecía del Antiguo Testamento y la literatura apocalíptica.

Hay una necesidad urgente para los asistentes a la iglesia de que se involucren ellos mismos en la investigación personal de las Escrituras desencadenados por éste o aquél credo, que de tan buena gana ahora se han aceptado “por la fe”. Debemos de ser lo suficientemente honestos para admitir que las opiniones mayoritarias no son automáticamente las correctas, y que la tradición, aceptada sin ninguna previa crítica, puede haber ido lejos sepultando la fe original tal y como Jesús y los apóstoles la enseñaron. Puede ser que nosotros debiéramos de tomar seriamente la observación del canónigo H.L. Goudge cuando escribió sobre el desastre que aconteció “cuando las mentes Griegas y Romanas vinieron a dominar a la iglesia en lugar de la mente Hebrea.” Fue “un desastre en doctrina y práctica”, de acuerdo

al canónigo Goudge “del cual la Iglesia nunca se ha recuperado.”²⁵ La recuperación puede sólo comenzar cuando se tome la debida atención de la advertencia solemne de Juan de “que no hay tan grande falsedad como la negación del Mesianismo de Jesús (1 Juan 2:22).²⁶ Jesús debe ser proclamado como Mesías, con todo eso que el término altamente colorido significa en su marco bíblico.

Lo Que Los Eruditos Admiten

En un artículo sobre “Predicando a Cristo”(Diccionario de Cristo y los Apóstoles, Vol. II, p. 394), James Danny dice: “Es ocioso decir que Jesús es el Cristo, si nosotros no sabemos quién o qué es Jesús. No tiene sentido decir que una persona desconocida está a la mano derecha de Dios, exaltada y soberana; los más fervorosos hombres creyeron que Dios les había dado un Príncipe y Salvador en esta exaltación, y tuvieron más ganas de saber todo lo que es posible de él.

Esta buena declaración es seguida por otra observación valiosa de que “no hay predicación de Cristo que no repose sobre la base en donde se apoyó la predicación de los apóstoles.” ¿Qué predicaron entonces Jesús y los apóstoles? “Una de las maneras en las que Jesús describió su absoluta importancia para la verdadera religión fue ésta: El se consideró a sí mismo como el Mesías. El rol Mesianico era uno que podría ser cumplido por una sola persona, y él mismo era la persona en cuestión; él y no otro era el Cristo.” Todo esto es excelente, pero los pensamientos que siguen comienzan a revelar un disgusto acerca del Mesianismo de Cristo, a pesar de las protestas en contra. “Pero es el Cristo una concepción que nosotros en otra época hubiéramos podido usar para algún propósito? Únicamente — *debe responderse* — si empleamos el término con mucha extensión”. James Denny parece no estar advertido que está a punto de socavar el Mesianismo bíblico de Jesús, puesto que Jesús no puede ser separado de su oficio Mesianico, para obscurecer su identidad. El continúa diciendo: “Es seguro que para aquellos que primero vinieron a creer en Jesús como el Cristo, el nombre fue mucho más categórico de que lo que es para nosotros; y tuvo una forma y color que ya no tiene más.” Pero esto debe implicar que hemos perdido de vista lo que significa creer que Jesús es el Mesías. Denny da la impresión de que estamos ahora en libertad de inventar nuestra propia idea del Mesianismo, desatendiendo la definición bíblica que se hace de él.

Fue, sin embargo, precisamente esta tendencia que trajo el desastre a la iglesia poco después de la muerte de los apóstoles. La iglesia comenzó a crear su propia concepción sobre el Mesías, y al hacerlo así perdió contacto con el Jesús de la Biblia. Denny dice que el término Mesías “tuvo expectativas conectadas con dicha palabra las cuales para nosotros ya perdieron su vitalidad que una vez tuvieron”. Exactamente; ¿pero, por qué han perdido su significado, sino es porque hemos cesado de creer lo que la Biblia nos dice acerca del Mesías? “En particular”, dice Denny, las asociaciones “escatológicas”²⁷ del término Mesías no tienen para nosotros la importancia que ellas tuvieron para los primeros creyentes. En la enseñanza de Jesús estas asociaciones se agruparon alrededor del título Hijo del Hombre...el cual es usado como sinónimo con el de Cristo...nada fue más característico del Cristianismo primitivo que la segunda venida de Jesús en el carácter de Cristo. Fue la verdadera esencia de lo que la iglesia primitiva quiso decir por esperanza...o nuestra perspectiva en el futuro es diferente que la de ellos.”

En qué autoridad es diferente ésta? Uno seguramente no puede poner a un lado uno de los rasgos más característicos del Cristianismo de la Biblia y continuar llamando la misma fe, lo restante.²⁸ Es esta partida sutil de la esperanza característica de la iglesia primitiva que debería señalarnos la diferencia riesgosa entre lo que llamamos cristianismo y lo que los apóstoles entendieron por ese nombre. No tiene sentido decir que somos Cristianos si hemos abandonado la característica esencial de la concepción del Nuevo Testamento sobre el Mesías en quien afirmamos creer.

Denny es sospechoso con razón de una tendencia entre los eruditos de “suponer tácitamente que es un error creer en Cristo como lo creyeron aquellos que primero predicaron de él. Semejante crítica hace su tarea de conformar la personalidad de Jesús exactamente como las nuestras y su conciencia exactamente como pueden ser las nuestras.” (énfasis mío)

Este es precisamente nuestro problema, pero también lo es de Denny, quien admite que “nuestra perspectiva en el futuro es diferente de las de los apóstoles.” Pero la perspectiva de ellos del futuro estaba basada sobre su comprensión central de Jesús el Mesías, el gobernante del futuro Reino de Dios

cuyo poder fue manifestado como anticipo en el ministerio de Jesús. ¿Por cuál posible lógica podemos renunciar a la esperanza que fue “la característica esencial del Cristianismo Apostólico” y aun así pretender ser Cristianos? En esta auto contradicción descansa el gran fracaso de las iglesias de permanecer fieles a Jesús como el Mesías. Hemos preferido nuestra propia perspectiva y nuestra propia opinión del Mesianismo; y hemos sentido correcto atar a nuestra propia concepción, el nombre de Jesús. ¿No hemos creado así “otro Jesús” según a la imagen de nuestros corazones gentílicos?

Una lectura de obras clásicas sobre Cristología revelan algunas notables admisiones que estimularán al lector a conducir una pesquisa por la verdad acerca de Jesús. En un artículo sobre el Hijo de Dios, William Sanday, una vez profesor de teología en Oxford, hace la pregunta si hay algunos textos en los cuatro evangelios que podrían conducirnos a la idea de Jesús como el “preexistente Hijo de Dios”. El concluye que todas las afirmaciones acerca de Jesús en Mateo, Marcos, y Lucas se refieren a la vida de Cristo en la tierra. No hay ni una simple referencia de que hubiese sido el Hijo de Dios antes de su nacimiento. Si examinamos el Evangelio de Juan “tenemos que observar alguna cosa anormal en las expresiones que están libres de ambigüedad. Tal vez no haya ninguna.” (*Diccionario Hastings de la Biblia*, Vol. IV, p. 576, énfasis mío).

Aquí, entonces, está la declaración de un destacado experto en el sentido de que no hay una simple referencia de Jesús en todos los cuatro evangelios como siendo el Hijo de Dios antes de su nacimiento. Sin embargo permanece un hecho de que las iglesias enseñan la filiación eterna de Jesús como un indispensable dogma básico de la fe.

Se le ha dejado adivinando al profesor Sanday del porqué Mateo, Marcos, y Lucas no saben nada acerca de la preexistencia de Jesús: “Es probable que los escritores no hayan reflexionado del todo sobre la materia, y no transcriban una porción de la enseñanza del Señor sobre el tema” (ibid., p. 577). Cuando Sanday recurre a las epístolas, él sólo puede conjeturar que podría haber una referencia a un Hijo preexistente (Hijo pre-humano celestial) en Hebreos 1:1-3, pero de ningún modo necesariamente.

Sobre Colosenses 1:15 él dice: “La idea destacada en la palabra ‘primogénito’ es aquella referida a los derechos legales del primogénito, su precedencia sobre todos los que son nacidos después de él”. El agrega que “parece equivocado concluir con la idea de prioridad (en el tiempo) también”. El finaliza sus comentarios citando al teólogo alemán diciendo como que “del Antiguo Testamento y del Rabinismo no hay camino hacia a divinidad de Cristo” (p.e. que él es Dios). El profesor Wernle sostuvo que el título Hijo de Dios es estrictamente Judío y que el nuevo paso de Hijo de Dios a Dios el Hijo fue tomado sobre terreno gentílico (pagano) a través de ideas vagas traídas por los convertidos al paganismo” (Ibid., p. 577).

Declaraciones de este tipo muestran en qué terreno inestable está construido todo el edificio de la “filiación preexistente.” La posibilidad debe ser encarada honestamente, que las afirmaciones dogmáticas acerca de Jesús que datan de tiempos post bíblicos dependen de su propia autoridad en lugar de los apóstoles. El derrotero más sabio es tomar nuestra posición sobre las afirmaciones dogmáticas de la Escritura (La Biblia) misma y de reconocer con Jesús que “la vida eterna (vida en la Era Venidera) consiste en esto: Que podamos conocer al Padre como el único Dios verdadero, y a Jesús el Mesías a quién El envió” (Juan 17:3).

Jesús, El Hombre y Mediador

El Jesús presentado por los apóstoles no es “Dios el Hijo.” Este título no aparece en ningún lugar en la Biblia. Jesús es el Hijo de Dios, el Mesías, cuyo origen debe ser trazado en su milagrosa concepción (Lucas 1:35). El único Dios de las Escrituras sigue siendo en el Nuevo Testamento como el Creador Dios de Israel. Jesús “hombre” (1 Timoteo 2:5), media entre el único Dios, el Padre, y la humanidad. Este Jesús puede salvar “perpetuamente” (Hebreos 7:25). Cualquier otro Jesús debe ser evitado como una engañosa falsificación — y es muy fácil “recibirlo” (2 Corintios 11:4).

La Confesión de la Iglesia

La iglesia que Jesús fundó está basada sobre la confesión central de que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios (Mateo 16:16). Esta confesión es seriamente distorsionada cuando al aparecer un nuevo significado

éste es adherido al término “Hijo de Dios”. Semejante distorsión que ya ha ocurrido debiera ser evidente a los estudiantes de historia de la teología. Sus efectos están con nosotros hasta hoy. Lo que se necesita rápido es un retorno a la confesión fundamental de Pedro, quien, en presencia de Jesús (Mateo 16:16), y los judíos (Hechos 2:3), y al final de su ministerio declaró que Jesús es el Mesías de Israel, el Salvador del mundo, preconocido en los consejos de Dios pero manifestado en estos últimos tiempos (1 Pedro 1:20). El estupendo hecho del Mesianismo de Jesús es comprendido sólo por la revelación divina (Mateo 16:17).

La figura fundamental del Cristianismo debe ser presentada dentro del marco Hebreo-bíblico. Es allí que descubrimos al Jesús real e histórico quien es también el Jesús de la fe. Fuera de ese marco nosotros inventamos a “otro Jesús” porque sus títulos bíblicos descriptivos han perdido ya sus significados originales. (2 Corintios 11:4).

Cuando los títulos de Jesús son investidos con un nuevo significado no bíblico, es claro que éstos ya no comunican su identidad conforme a la verdad. Cuando esto ocurre la fe cristiana es puesta en peligro. Nuestra tarea, por lo tanto, debe ser proclamar a Jesús como el Mesías de la visión de los profetas, y debemos dar a entender por Mesías e Hijo de Dios lo que Jesús y el Nuevo Testamento dan a entender por estos términos. La Iglesia puede pretender ser la depositaria del auténtico Cristianismo sólo cuando ella hable en armonía con los apóstoles y le diga al mundo quién es Jesús.

Notas al Pie de la Página

¹ Bultmann, por ejemplo, en ensayos filosóficos y teológicos, p. 276, afirma que Juan 20:28 es la única instancia segura en el Nuevo Testamento del título “dios” como siendo aplicado a Jesús. Muchos concordarán que Hebreos 1:18 es la segunda instancia clara.

² Rabí J.H. Hertz

³ Ezra D Gifford, el verdadero Dios, el verdadero Cristo, y el verdadero Espíritu Santo.

⁴ Estoy en deuda con F.F. Bruce por la siguiente observación aguda: “La gente que se adhiere a sola scriptura (como ellos creen frecuentemente se adhieren de hecho a una escuela tradicional de interpretación sola scriptura. Los protestantes evangélicos pueden ser tan siervos de la tradición como los Católicos Romanos o Griegos Ortodoxos Cristianos; solo que ellos no se dan cuenta que es ‘tradición’ (de Correspondencia).

⁵ Así los Judíos interpretaron la expresión Hebrea cuando ellos tradujeron sus Escrituras al Griego.

⁶ Una debilidad de la mayoría de los sistemas teológicos es la negativa de ver en las afirmaciones atribuidas a Jesús en Revelación las mismas palabras del Maestro. Cuando la Cristología de la Revelación es dejada de lado, las pretensiones de Jesús en el libro (1:1) son negadas y resultan en una distorsionada Cristología.

⁷ En algunos escritos Judíos la preexistencia es atribuida al esperado Mesías, pero sólo en común con otras cosas venerables y personas, tal como el Tabernáculo, la ley, la Ciudad de Jerusalén, el mismo dador de la ley Moisés, el pueblo de Israel (Ottley, Doctrina de la encarnación, p. 59).

⁸ Compare G.B. Caird, El Desarrollo de la doctrina de Cristo en el Nuevo Testamento, p. 79: “Los Judíos habían creído sólo en la PRE-existencia de una personificación; La Sabiduría era una personificación, también de un atributo divino o de un propósito Divino, pero nunca una persona. Ni el cuarto Evangelio ni Hebreos jamás hablan de una palabra eterna o de la sabiduría de Dios en términos que nos obligan a considerarla como persona.”

⁹ Así H.H. Wendt, D.D., comentando sobre Juan 8:58, dice: “La vida temprana de Jesús fue predeterminada y preconocida por Dios antes del tiempo de Abraham” (La Enseñanza de Jesús, Vol. II, p. 176).

¹⁰ Compare a Edwin Freed en JTS, 33, 1982, p. 163: “En Juan 8:24 ‘ego eimi’ (‘Yo soy’) debe ser entendido como una referencia al Mesianismo de Jesús.... ‘Si ustedes no creen que yo soy él, moriréis en vuestros pecados.’”

¹¹ Vea la nota al pie N. 8.

¹² Compare a James Dunn, Cristología en vías de Formación, p. 243, discutiendo sobre Juan 1:1-14. “La conclusión que parece emerger de nuestro análisis... es aquella que sólo con el verso 14 podemos hablar de un Logos personal...el punto es oscurecido por el hecho que tenemos que traducir el logos masculino como él’ ...pero si en vez de eso nosotros traducimos logos como “la expresión de Dios”., se tornaría más claro que el poema no intenta necesariamente que el logos en los versos 1-13 sea imaginado por nuestra parte como un ser personal divino.”

¹³ Suponiéndolo que él está correctamente bautizado, plenamente instruido, y activo de acuerdo a la Verdad de la Escritura. El lector debería estar prevenido de que las ideas contemporáneas de lo que significa ser un Cristiano pueda que no correspondan a una definición Bíblica. Mateo 7:21 provee la más incómoda advertencia del nuevo testamento.

¹⁴ Vol. I, p. 194.

¹⁵ Ver particularmente C.H. Talbert, "El Problema de la preexistencia en Filipenses 2:6-11," JBL, 86, (1967) pp. 141-153. También G. Howard, "Filipenses 2:6-11 y el Cristo Humano," CBQ40(1978) pp. 368-87.

¹⁶ La Enseñanza del Nuevo Testamento a la luz de San Pablo, pp. 65, 66.

¹⁷ En Colosenses 1:17, muchos traductores son menos cautelosos que la NASB que sabiamente relega para el margen la implicancia que Jesús "existió antes de" todas las cosas. Es suficiente decir, con Pablo, que él es "antes" que todas las cosas, queriendo decir que él es el supremo en el mundo creado, no que él literalmente sea el primero en el tiempo en ser creado, ó existiendo eternamente. En Juan 1:15, 30 un entusiasmo similar para la preexistencia es mostrado por aquellas traducciones que no nos permiten ver que el verso puede muy bien ser traducido: "El que viene después de mí ha tomado una posición enfrente de mí porque él tuvo absoluta prioridad sobre mí." (Vea los comentarios por Raymond Brown en las series de la Biblia Anchor, y por Westcott.)

¹⁸ El Nuevo Testamento es muy claro sobre Dios el Padre como el creador en Génesis 1:1; Hechos 7:50; 14:15; 17:24, Revelación 4:11, 10:6; 14:7; Marcos 10:6, 13:19.

¹⁹ Compare el Comentario de Tyndale sobre Hebreos por Tomás Hewitt (1960), p. 56: "La traducción es por lo tanto, 'y cuando él nuevamente introduce el primogénito en el mundo.' "

²⁰ Ver también Mateo 19:28; Lucas 22:28-30; y Revelación 2:26; 3:21; y 5:10, que con otros muchos textos prevé el establecimiento en la tierra del Reino Mesianico cuando Cristo regrese.

²¹ Para información adicional de cómo el escritor de los Hebreos usa Salmos 102 en Hebreos 1:10, ver F.F. Bruce, Epístola a los Hebreos, pp. 21-23.

²² Juan 20:28 describe y nombra a Jesús como "Mi señor y Mi Dios". Ambos títulos son atribuidos al Mesías en el antiguo testamento (Salmo 45:6, 11; 110:1). Todo el propósito es presentar a Jesús como el Mesías (Juan 20:31).

²³ Jesús nunca negó que la teocracia predilecta sería un día establecida por él como Mesías. La pérdida de la verdad del futuro Reino Mesianico envolvió también la pérdida del futuro co-reinado de Jesús y la iglesia fiel. Así el objetivo del Cristianismo desapareció.

²⁴ Hallado tanto en los salmos de Salomón como en el Salmo 2 del antiguo Testamento, etc.

²⁵ El llamado de los Judíos, en los ensayos coleccionados sobre el Judaísmo y Cristianismo.

²⁶ Las cartas del Nuevo Testamento parafraseadas por J.W.C. Wand, D.D.

²⁷ P.e., teniendo que hacer con los eventos que ocurrirán en el final de la edad.

²⁸ De la misma manera las doctrinas Cristianas de Dios y el hombre y la salvación son: "completamente insostenibles sin la existencia de Satanás," Michael Green, Yo creo en la Caída de Satanás, Eerdmans, 1981, p. 20).